

LOS ANATOMISTAS

DE LA COLONIA

1535 — 1821

(Para la REVISTA HISTÓRICA)

El período colonial de la Medicina Peruana que — imitando, con más voluntad que fortuna, á Unánue, Ulloa, Patrón y otros — he pretendido poner en evidencia ante nuestros contemporáneos (1), ha permanecido tan extraño á nuestra cultura histórica y tan oculto á las curiosidades tibias de los unos y á las tímidas investigaciones de los otros, que no debe extrañarnos la dolorosa unanimidad con la cual aceptamos aún hoy, juzgando con igual criterio injusto, las desautorizadas adjetivaciones de Caviedes y las declaraciones, un tanto apasionadas, de informadores extranjeros, como Bottoni y Petit.

Es indudable que una ignorancia muy grande caracterizaba, en pleno siglo XVIII, al cuerpo médico del virreinato y ningún hecho más lógico que esa ignorancia si se recuerda, antes de calificarla duramente, las condiciones en las cuales se formaron los médicos y cirujanos peruanos: la falta de un centro de enseñanza y de maestros preparados para realizarla y aún el egoísmo de prácticos mediocres que, engreídos por triunfos baratos en la práctica civil, contemplando en cada discípulo un probable rival, quizá no carac-

(1) H. Valdezán, *La Facultad de Medicina de Lima (1811-1911)*, Lima, 1914.

terizaron sus enseñanzas por la lealtad que debe inspirar toda transmisión de conocimientos.

Pero si es aceptable un semejante estado de cosas, no lo es el desconocimiento categórico de existencia, en esa época, de prácticos dignos de recordación. Hay, entre estos profesionales, muchos eruditos, muchos que habían leído cuanto en aquel entonces se escribió y publicó de Medicina y que manifestaban en sus escritos ó en sus conversaciones un pueril empeño de revelar ese conocimiento, no siempre profundo, de autores clásicos y contemporáneos; pero hay también muchos que no rindieron tributo á anhelos desmedidos de notoriedad y que bajaron al sepulcro envueltos en la atmósfera de sincera modestia que envolvió siempre al médico consciente de su augusta misión.

Entre lo mucho malo que ofrece al curioso la época colonial de nuestra Medicina: entre el médico ignorante y torpe que hace suyos los diagnósticos de las señoras (2) y aquel otro que oculta torpeza é ignorancia bajo la máscara grotesca de una sospechosa reserva, se halla el médico serio y escrupuloso, en el cual se constata un vivo anhelo de ampliar sus horizontes profesionales y de ponerse en equilibrio con su época y con su medio.

Es en relación á la época y al medio que debemos juzgar hombres é instituciones distanciadas de nosotros por el tiempo. Y sólo juzgándolas con semejante criterio se hace posible reconocer que no fueron absolutamente justicieros muchos calificativos que, sin grandes vacilaciones, aceptamos y aún llegamos á hacer nuestros.

Si bien es verdad que la Medicina Peruana debe á don Hipólito Unánue el establecimiento oficial (3) de la enseñanza de la Anatomía, no es menos cierto que dicha enseñanza — así fuera en modesta escala — había sido ya lleva-

(2) — Pablo Petit, *Breve tratado de la enfermedad venérea ó morbo-gálico*, 1730.

(3) — Leonidas Avendaño, *Discurso en la ceremonia de conmemoración del centenario de la Facultad de Medicina*, en *Crónica Médica*. (El doctor Avendaño, nuestro erudito maestro, es autor de una notable contribución al estudio histórico de la Anatomía Nacional).

da á cabo por un cierto número de prácticos cuya memoria ha envuelto el velo implacable del olvido.

Habríamos de conformarnos con las encantadoras rimas de Caviedes (4) relativas á la “ Anatomía de San Andrés ” y al “ parecer ” que ésta diera acerca de los más groseros errores de diagnóstico y de los consiguientes de terapéutica de los médicos de la época, como pruebas de la frecuencia con la cual se realizaban autopsias en la segunda mitad del siglo XVII, si no estuvieran á demostrarlo documentos que, si son menospreciados para la literatura nacional, tienen, para la historia, mayor importancia que la crítica, á veces injusta y siempre despiadada del poeta.

El año 1693 estalló en Lima una epidemia de sarampión; cuarta de las epidemias limeñas de sarampión en aquel siglo, y el proto-médico doctor Francisco Bermejo y Roldán escribió un “ Discurso ” que hemos comentado (5) en otra oportunidad y que era, por cierto, mucho más completo que los publicados respecto al sarampión por don Melchor de Amusco (1618) y por D. Francisco Vargas Machuca (1693).

En el discurso de Bermejo se cita hasta seis autopsias practicadas por diversos cirujanos y en diversos hospitales: dos de ellas en San Andrés, por el licenciado Pedro de Castro: una en el “ Noviciado ” de la Compañía de Jesús, por el mismo: una en el hospital de Santa Ana por el cirujano Pedro Utrilla y una en domicilio particular, por el licenciado Juan Antonio Medrano.

Era época muy anterior á la solemne inauguración del Real anfiteatro Anatómico de San Andrés y ya se habían llevado á cabo las citadas y otras autopsias — “ anatomías ”, como eran generalmente llamadas — y vale la pena de considerar, en las noticias que de estas necroscopías han llegado á nosotros, no la precocidad de interpretación de los trastornos somáticos, que no era de exigirse en las agonías del

(4) Juan de Caviedes, *Diente del parnaso*, en *Documentos Literarios del Perú*, de Odriozola.

(5) H. Valdizán, *Una epidemia de sarampión (1693)*, en *Médicos de la Colonia en Gaceta de los Hospitales*.

siglo XVII, sino el espíritu de investigación y el empeño de aprovechar los datos de ésta en el servicio de la Clínica.

Los prácticos que llevaron á cabo dichas autopsias y de cuyas observaciones hemos podido recoger informes, participan todos de un común empeño de buscar en el cadáver la explicación de los fenómenos observados en vida del enfermo. Como en los primeros tiempos de la Anatomía patológica ellos no llevan á la sala de autopsias otro material de observación que sus órganos sensoriales. Y recogen prolijamente las anormalidades de forma y de color y de consistencia de los órganos. Buena prueba de esta calidad de observación es el riñón que “estaba hinchado, engangrenado, con pintas y manchas negras y muy friable” que hallamos en Bermejo y Roldán, en su ya citado discurso.

En la terminología anatomo-patológica de nuestros médicos de la colonia, apenas si la inflamación constituye un término uniforme, al cual acuden todos y del cual abusan muchos: sin que sea posible acusarles de un abuso que halla explicación satisfactoria en el deforme concepto que se tenía del proceso inflamatorio. Por lo demás, esta inflamación visceral constituye para los citados necroscopistas el más general, el más frecuente de los hallazgos y, por razón de esta misma frecuencia, es aprovechado para explicar muchos hechos, aún los complejos de las enfermedades infecciosas.

En la designación de cualidades de los órganos hay esa simplicidad, ese acercamiento á objetos conocidos, en las comparaciones, que caracterizan el pasado de la Anatomía. Así, por ejemplo, es frecuente hallazgo de autopsia el hígado “mayor que de vaca”, el corazón “como un puño”, el riñón “menor de una naranja” y el útero “como cabeza de niño”, algunos de cuyos términos de comparación viven vida de leyenda en nuestros modernos tratados de Anatomía.

Hay en esa terminología una palabra un tanto vaga. Queremos referirnos á los órganos “perdidos”. Esta designación podría significar una atrofia intensa ó un proceso morboso que hubiera hecho al órgano inválido para bien desempeñar sus funciones. El hecho de haber sido constatada esta “pérdida” en las fiebres eruptivas quizá nos autorice á

pensar que no era á la atrofia á la cual hacía referencia: pues precisa considerar que dicha atrofia debería haber sido enorme para que nuestros necrocospistas consideraran al órgano atrófico como perdido, como extinguido.

El año 1694, don José de Rivilla Bonet y Puevo, realizaba la autopsia de un monstruo bicípite nacido en Lima en ese año.

Era en la época, y lo fué aún en el siglo siguiente, de muy buen gusto la interpretación más ó menos antojadiza, de los fenómenos cuya génesis no se explica fácilmente. Fué así como se enriqueció la literatura de la teratología colonial. A un deseo inmoderado de novedad, de originalidad, son de referirse: el estudio relativo al monstruo bicípite citado (6), las "conjeturas sobre la niña de Cotabambas" (7) y un muy curioso estudio, cuyo sólo título indica su ninguna finalidad práctica y en el cual se examina la posibilidad de "que una mujer se pueda convertir en hombre" (8).

Respecto al estudio del monstruo bicípite, aún se discute la paternidad de ese curioso trabajo. Yo me inclino á creer que el autor del estudio fué D. Pedro de Peralta Barnuevo y que Revilla no hizo otra labor que la de la autopsia.

El año 1711, siendo virrey del Perú el ilustrísimo obispo de Quito D. Diego Ladrón de Guevara, había sido creada la Cátedra de Anatomía en la Real Universidad de San Marcos de Lima. Para la subsistencia de la nueva Cátedra se señalaron, según el decreto de creación, 412 pesos del fondo de multas y condenaciones del Real Tribunal del Protomedicato. En 1752 fué confirmada la creación de la cátedra y en 1790 se elevó la dotación de la misma á 500 pesos, para llegar á los cuales deberían tomarse los 30 pesos en que fueron grabadas las contentas de los grados mayores universitarios.

(6) *Desvíos de la naturaleza ó tratado del origen de los monstruos*, en *Crónica Médica*.

(7) Su autor, D. Francisco de Rebollar.

(8) Su autor, D. Joseph, Pastor de Larrinaga.

Hay, entre las cláusulas de fundación de la nueva Cátedra, una particularmente interesante que señalaba al catedrático la obligación de constituirse “una vez á la semana en el Hospital de San Andrés á hacer demostraciones de Anatomía en uno de los cuerpos que allí murieran”.

Don Joseph de Fontidueñas, nombrado para el desempeño de la Cátedra, no llegó á hacerse cargo de ella y el dicho nombramiento fué anulado por Fr. Diego Morcillo, que hizo merced de la Cátedra á D. Pedro López de los Godos, “en el hecho el primer catedrático de Anatomía de esta Universidad”. (9)

Si el primer catedrático de Anatomía en la Universidad de Lima cumplió ó no con aquella cláusula que le obligaba á hacer algunas demostraciones anatómicas en el hospital de San Andrés, no lo sabemos. Sin embargo, no es aventurado pensar que, en armonía con el criterio dominante en la época, se limitara el nuevo profesor á dictar un curso exclusivamente teórico. En apoyo de esta suposición milita el hecho de no hallarse citado el profesor Godos por ninguno de sus contemporáneos y el de no hallarse alusión alguna, lisonjera ó ingrata, á sus “demostraciones” de Anatomía.

La cláusula citada, verdadero origen de la enseñanza oficial de la anatomía práctica, no llegó á realizarse. Y apenas si entre los exámenes de Anatomía y Fisiología que en la época tuvieron lugar en la Universidad se revela un mediocre conocimiento de la Osteología.

El cirujano francés D. Pablo Petit, de las Universidades de París y Madrid, “cirujano mayor de artillería y de los hospitales de los ejércitos de S. M. ”, publicó en Lima, en 1723, una “Epístola officiosa sobre la esencia y curación del cáncer, que vulgarmente llaman zaratán”, y dedicó este estudio al médico italiano D. Federico Bottoni. Este, á su vez, publicó un estudio “Evidencia de la circulación de la sangre” en cuyas líneas pagó la dedicatoria llamando á Petit “expertísimo cirujano y anatómico”.

(9) David Matto, *La enseñanza Médica en el Perú*.

Nada nuevo había en el estudio de Petit é idéntica ausencia de originalidad se anota en su otro estudio " Breve tratado de la enfermedad venérea ó morbo-gálico, en que se explican sus verdaderas causas y su perfecta curación según los verdaderos principios de la Medicina y Cirujía modernas, calificados con la demostración de los experimentos ".

El malogrado doctor Patrón (10) aprecia, con justicia, los méritos de Petit como historiador que nos dá cuenta de la lamentable condición que atravezaba la Medicina peruana de aquella época. Llama la atención que si Petit fué, en verdad, " expertísimo cirujano y anatómico ", como lo juzgó Bottoni, no lo citen en ocasión alguna, como á tal notabilidad, D. Cosme Bueno, D. Gabriel Moreno ó Unánue, el último de los cuales hace, en cambio, una tan cariñosa como encomiástica cita de D. Martín Delgar, llegado al Perú en 1744 y á quien califica como el verdadero introductor de la cirugía en el país.

Tanto Petit como Bottoni se revelan buenos conocedores de la anatomía de la época: pero no hay en sus conocimientos nada revelador de una excepcional cultura científica.

El año 1760 desempeñaba la Cátedra de Anatomía en la Real Universidad de San Marcos el doctor Juan José de Villareal, médico de los hospitales de San Bartolomé y del Espíritu Santo. No nos quedan pruebas de su competencia como maestro de Anatomía. Apenas si sabemos de él que el año citado publicó un folleto, más inspirado por el amor propio que por propósito científico alguno, el cual lleva por título " Satisfacción á una calumnia imaginaria y defensa de una verdadera calumnia ", en cuyas páginas demuestra los beneficios de la sangría en el "dolor de costado ascendente". (11)

Creyendo cumplir un acto de justicia hemos reclamado, en otra oportunidad (12), en favor del doctor Francisco Ma-

(10) Pablo Patrón, *La Medicina en el Perú por los años de 1730, según el doctor Petit*, en *Crónica Médica*.

(11) H. Valdizán, *Noticia sobre el ejercicio de la Medicina en el Perú durante el coloniaje* (primera parte de *La Facultad de Medicina de Lima*).

(12) H. Valdizán, *Ob. cit.*

tute, el título de precursor de Unánue en la enseñanza práctica de la Anatomía y hemos tenido la fortuna de ver aceptada nuestra opinión al respecto (13).

El doctor Francisco Matute, el "gran Matute" de sus contemporáneos, era médico del hospital de San Bartolomé, y era tan respetado de sus colegas que su palabra en las consultas era considerada como inobjetable. Médico prestigioso, el crédito de que gozaba ante el público limeño hubo de granjearle un gran número de discípulos.

En aquel entonces nuestros médicos, antes de llegar al Real Tribunal del Protomedicato en demanda del diploma profesional, sólo habían recibido unas pocas lecciones teóricas y no habían tenido otra escuela que la admirable del hospital, ni otros maestros que aquellos prácticos que pasaban la vida á la cabecera de sus enfermos. Estos prácticos eran verdaderos núcleos de enseñanza en torno á los cuales se agrupaban los jóvenes estudiantes. Matute fué uno de esos maestros, y fué á su lado que se educaron muchos médicos, algunos de ellos bastante distinguidos por su competencia profesional.

No satisfecho con la enseñanza de la Clínica, convencido de la importancia de los estudios prácticos de Anatomía, dictó en el Hospital de San Bartolomé, por los años de 1770, una serie de lecciones de Anatomía, en el cadáver.

Y este mismo maestro, médico afamado, factor indispensable en las consultas, ofrecía á sus alumnos, en su domicilio particular, provechosas conferencias de índole clínica.

Entre los discípulos de Matute ninguno más conocido que D. Joseph Pastor de Larrinaga, cirujano y poeta, que ha llenado muchas páginas del "Mercurio Peruano". Es un poeta malo, en concepto de quienes pueden juzgar al poeta. Para nosotros es un cirujano audaz, un cirujano á quien no amedrentaron ni aún los riesgos de la cirugía abdominal, que en aquella época tenía siempre, como primer acto operativo (?) la administración de los auxilios espirituales.

(13) Leonidas Avendaño, Discurso citado.

Pudiera ser que este Larrinaga que historió en verso la época incaica de nuestra historia fuera tan mal cirujano como mal poeta. Pero hay en su audacia quirúrgica una tranquilidad de concepción de sus intervenciones operatorias, que no se concilia con una ignorancia y á la cual parece no haber sido ajeno un mediano estudio práctico de la Anatomía humana.

El doctor Unánue, á quien citamos siempre que queremos dejar á una palabra autorizada el trabajo de determinar con brillo las lamentables condiciones de la Medicina colonial, en su tantas veces citado discurso de inauguración del Real Anfiteatro Anatómico de San Andrés (14), que será leído siempre con interés y deleite, parece excluir á los médicos y cirujanos limeños de los conceptos que le merecen los prácticos peruanos de la época. Dos párrafos de ese discurso pueden ser interpretados como enunciado de esa exclusión:

“ La ignorancia de la Anatomía, que al frente del terrible ejército de las enfermedades ha arruinado *nuestros pueblos*, asolado *nuestros campos*, derrumbado *nuestras minas*, consumiendo las manos benefactoras que fomentaban su esplendor, feracidad y riquezas ”.

“ Degradado Perú! ésta ha sido tu suerte. Abismado en una mortal ignorancia de la Anatomía faltaron *en las provincias* médicos inteligentes, las enfermedades internas menoscabaron una parte de sus moradores...

¿Entre esas *provincias* en las cuales faltaron médicos inteligentes está comprendida la capital del virreinato? Yo creo francamente, que no; pues Unánue no habría dejado, en caso de hacer extensiva esa ignorancia á Lima, de hacer excepción honrosa de D. Juan de Avendaño, de D. Joseph del Castillo, de D. Cosme Bueno, de D. Juan de Aguirre, á quien sucedió Unánue en el Protomedicato y, sobre todo, de D. Gabriel Moreno, bajo cuya sabia dirección se inició el ilustre ariqueño en el estudio de las ciencias médicas.

(14) Hipólito Unánue, Discurso citado, en *Documentos Literarios del Perú*, de Odrizola.

Decretada en 1753 la erección del Real Anfiteatro de San Andrés, ella no fué una realidad hasta el año 1792.

Todo parece indicar que en los primeros años de existencia del Real Anfiteatro la labor práctica no fué muy intensa y que alternaron las autopsias de hombres y las de animales. Hemos dado á conocer (15) la curiosísima relación de los gastos del Anfiteatro desde el 17 de abril hasta el primero de diciembre de 1809 y en esa relación constan las siguientes partidas:

	Pesos	Reales
“Mas. en la disección de un perro.....	—	6
“Mas. en la disección de un carnero.....	3	—

En mi concepto, el hecho de estas autopsias de animales no sólo era inspirado en un deseo de enseñanza de la Anatomía comparada. Quizá las dificultades para conseguir cadáveres no fueron extrañas á este empleo de animales en la enseñanza de la Anatomía. Y nada de particular que esta falta de cadáveres, completamente ajena á una lisonjera disminución de mortandad, tuviera lugar en la primera mitad del siglo XIX si en la segunda, en 1863, se hacía necesaria una nota del Decano de la Facultad de Medicina á la Sociedad de Beneficencia para conseguir un cadáver destinado á la preparación anatómica de una pelvis.

Al establecerse el Real Colegio de Medicina y Cirujía de San Fernando, desempeñaba la Cátedra de Anatomía el fundador y primer Director del Colegio doctor Hipólito Unánue. El doctor José Pezet era el sustituto de la Cátedra y el alumno D. Norberto de Vega era el Disector Anatómico.

Las mañanas de los días martes y viernes eran las dedicadas á la disección y parece que los mismos cadáveres eran aprovechados con el objeto de ilustrar las conferencias clínicas que organizara Unánue al inaugurar el Real Anfiteatro de San Andrés.

El año 1809 sólo tuvieron lugar nueve disecciones, siete “humanas”, una de un perro y una de un carnero. El gas-

(15) H. Valdizán, *El Real Colegio de Medicina y Cirujía de San Fernando* (segunda parte de *La Facultad de Medicina de Lima*).

to del año fué de 42 pesos y 6 reales, suma modestísima, si se la compara, sobre todo, con el actual presupuesto del Anfiteatro de la Facultad de Medicina. Es de advertir que fué mucho más costosa la disección del carnero que las de los cadáveres humanos, pues la primera costó 3 pesos y el gasto en las últimas osciló entre un peso 4 reales y un peso 6 reales.

¿ En qué se invertían ese peso y esos reales? El Disector Anatómico D. Norberto de Vega, que firma la citada relación de gastos, nos lo dice bien claramente:

Pesos. Reales

“Mas, para el almuerzo. nieve, azufre, carbón,
etc.; en la primera disección..... .. 1 6

No dice el documento si el almuerzo era para el Disector ó para quienes le ayudaban en sus trabajos. De todos modos, el hecho de este almuerzo en tan inadecuado local, parece revelar que la preparación anatómica de los cadáveres era bastante más penosa que lo es en la actualidad.

No necesitamos decirle al lector nada respecto al primer catedrático de Anatomía del Real Colegio de Medicina y Cirujía de San Fernando. La personalidad de Unánue es mucho más conocida que la obra admirable que realizara como educador, como médico y como periodista. Muchas biografías han sido escritas de él, siendo muy conocidas las del señor Mackenna (16) y del doctor Ulloa (17), á las cuales nada hay que agregar.

Pero en esta ocasión podemos manifestar que Unánue, maestro de Anatomía, concedió á esta ciencia toda la importancia que ella tiene como factor elemental de la cultura médica.

En el cuadro sinóptico de la enseñanza del Real Colegio de San Fernando, programa tan vasto que la Junta de Cádiz calificó con justicia como más propio de una Universidad que de un Colegio, Unánue consignó un curso de Zoonomía comprendiendo nociones de Biología, indispensables como in-

(16) En *Documentos Literarios del Perú*, de Odrizola.

(17) En *Monitor Médico*.

troducción al estudio de la Anatomía propiamente dicha, como formando parte de la Medicina Práctica Operatoria. Además, anticipándose á conquistas pedagógicas modernas, dejó consignada, en dicho programa, la conveniencia de la enseñanza de un curso de Anatomía obstétrica como introducción al estudio de la obstetricia, cuyo ejercicio dejaba tanto que desear (18).

Como se sabe, el ensueño de Unánue no llegó á realizarse. El Colegio de San Fernando no pudo, á pesar de los esfuerzos del fundador, adquirir en los primeros años el esplendor y la amplitud de acción educativa con las cuales soñara Unánue. El curso de Zoonomía no llegó á dictarse y quedaron en proyecto los cursos de Obstetricia.

De los conocimientos anatómicos de Unánue, de aquel su dominio absoluto de los conocimientos anatómicos de la época, nos quedan numerosas pruebas en las observaciones clínicas en que abunda su obra más notable (19) y varias otras que aún hoy se leen con legítimo deleite en los periódicos limeños de los últimos años del siglo XVIII y primeros del siguiente. Buena prueba de que esta erudición de Unánue no fué reñida con el espíritu de observación científica, la constituyen sus estudios, un tanto breves pero interesantísimos, respecto á la "disentería y el vicho", que merecen ser mejor conocidos de aquello que lo son en verdad.

Reunía Unánue á un vasto conocimiento de la Anatomía una excepcional facilidad de dicción que hizo de él, seguramente, un maestro fascinador. Son admirables las muy bellas palabras en las cuales explica el proceso de gestación. Sería estéril buscar en ese discurso novedad científica alguna. La novedad que hay en él es absolutamente pedagógica. Hay en esas palabras esa asimilabilidad, esa facilidad de comprensión que los alumnos buscan tan empeñosamente en sus maestros y que agradecen con tan sincera gratitud. Y co.

(18) H. Valdizán, *La obstetricia en los albores de la República en Médicos de la Colonia*, en *Gaceta de los Hospitales*.

(19) Hipólito Unánue, *El clima de Lima*, en *Documentos Literarios del Perú*, de Odriozola.

mo esas palabras podríamos citar muchas; pues Unanue tuvo el raro talento de conciliar en sus discursos la elegancia irreprochable de la forma, la sucesión lógica de los conceptos y la más acabada claridad del conjunto.

El doctor José Pezet, sustituto de la cátedra de anatomía, fué encargado de la enseñanza de la Anatomía en el Real Colegio de San Fernando, en diversas ocasiones; entre otras durante el viaje del doctor Unanue á Europa y cuando el sabio maestro, llamado á las ingratas labores de la vida política del país, no pudo dedicar al Colegio, su obra acabada y predilecta, todas las valiosas energías y paternales asiduidades que le había ofrendado.

De la cultura científica del doctor Pezet tenemos pruebas en su elegante tesis para el bachillerato y en la adecuada dirección que supo imprimir á los exámenes públicos de Anatomía y Fisiología que, bajo su dirección, rindieron, en diversas ocasiones, los alumnos del Colegio de San Fernando. Ya hemos dicho (20) de cómo una inmerecida desgracia amargó los últimos días de este distinguido profesional.

El Real Anfiteatro de San Andrés era sostenido por la ciudad de Lima, de cuyas rentas comunales percibía la suma de 900 pesos anuales. Al establecerse el Colegio de San Fernando se consignó en el presupuesto del mismo, la suma de 800 pesos para el Catedrático y la de 600 para el Disector Anatómico. Degraciadamente estas sumas no fueron pagadas en su totalidad y los primeros disectores apenas si recibieron una pensión mensual de 25 pesos.

El cargo de Disector Anatómico, generalmente desempeñado por un alumno, era otorgado por concurso; pero el Colegio dispensaba de él á candidatos de mérito reconocido.

El primer Disector Anatómico del Real Colegio de San Fernando fué D. Norberto de Vega, que desempeñó el cargo hasta 1812, en que obtuvo del Real Tribunal del Proto-medicato, en 1814, el título de cirujano latino. Vega había reemplazado á D. Gabino Chacaltana.

(20) — H. Valdizán, *La Facultad de Medicina de Lima*.

Para reemplazar á Vega fué nombrado en 1812, D. Agustín Arenas, quien desempeñó el cargo hasta el año 1817, en el cual se hizo cargo de la enseñanza de la Clínica Externa.

Reemplazó al doctor Arenas el Br. Juan Zevallos, que conservó el cargo hasta el 19 de agosto de 1819.

En 1820, el cargo de Disector fué desempeñado interinamente por varios alumnos. Y fué el 15 de julio de 1821 que el Real Colegio de Medicina y Cirujía de San Fernando nombró su último Disector Anatómico en la persona de D. Eduardo Pelegrín, cirujano que había llegado al Perú como *físico* de la goleta francesa "Galathea". El cirujano Pelegrín, de quien se dice que había desempeñado el cargo en París, no fué exigente para con la administración del Real Colegio y aceptó de buen grado la pensión mensual de 25 pesos que le fué asignada. La fecha del nombramiento de Pelegrín hace de él el último Disector Anatómico del Real Colegio de San Fernando y el primero del Colegio de la Independencia.

Todo parece indicar que en los últimos años de la colonia aún no había dado todos sus frutos la obra admirable de Unanue. Todavía se encuentra en los anales de la práctica civil documentos que permiten afirmar que no se había derrumbado el imperio de la medicina teórica y que aún era posible á nuestros prácticos emitir conceptos profesionales reveladores de un respeto poco acentuado á esa anatomía práctica de Matute y de Unanne.

En noviembre de 1814, el entonces Proto-médico, doctor Miguel Tafur, emitía un informe dirimente cuyos términos, de la simpática austeridad que caracteriza la pluma del compañero de Unanue—nos dicen de cómo dos peritos cirujanos habían informado respecto á las heridas que presentaba un cadáver. Uno de los peritos afirmaba que las heridas fueron "mortales" y el otro afirmaba que no lo fueron. Uno y otro recargaban sus informes de una tan inútil como desagradable erudición. Tafur, en un informe de pocas líneas, declaraba la imposibilidad de afirmar ó negar la calidad de las heridas, sin haber llevado á cabo la necroscopía, única que habría permitido seguir concienzudamente el curso de las heri

das y apreciar las lesiones que el arma hubiera determinado á su paso.

En septiembre de 1817 un cirujano, muy apreciado del público limeño de la época, emitía un informe análogo al anterior, en el cual declaraba de una herida que “ fué de necesidad mortal porque atravesó la cavidad del pecho y fué rota la arteria magna ó aorta ”. El informante, que no se había tomado la molestia de practicar la autopsia, no tomaba en consideración el hecho, que le recordaba severamente el Real Tribunal del Proto-medicato, de que el herido, á pesar de la lesión de la aorta, había vivido todo el tiempo necesario para recibir los primeros auxilios del médico y aún los auxilios espirituales.

El mismo cirujano, en enero de 1819, fué llamado en compañía de un colega, á practicar el reconocimiento de las heridas “de que murió” el infeliz D. José Nogueras. El informe fué emitido sin previa autopsia y revela un tan superficial examen del cadáver que los informantes no habían observado una herida en el dorso. En esta ocasión el Real Tribunal del Proto-medicato, en cuyo seno produjo penosa impresión la deficiencia del citado informe, llamó á los cirujanos que lo habían presentado “ para advertirles la exactitud y escrupulosidad con que se deben hacer los reconocimientos ” Y esta advertencia fué hecha extensiva á todos y á cada uno de los cirujanos que ejercían la profesión en Lima.

Hermilio Valdizán.
